

tipo. Tampoco hay que buscarlo en este romance o en estos cuentos, sino en el otro romance de la Estatua convidada o en los cuentos análogos.

La verdadera fuente próxima de *El Burlador* pudo ser una leyenda referente a Sevilla, que fijase ya los nombres de Don Juan Tenorio y del Comendador Don Gonzalo de Ulloa. No sería difícil que apareciesen rastros de esta leyenda en la tradición andaluza debidamente explorada, o en algún archivo olvidado. Pero también Tirso pudo servirse de una vaga tradición oral, representada, sea por el romance castellano, sea por un cuento semejante, a la cual el poeta revistiese de circunstancias concretas de lugar y de tiempo, como hizo en el caso de *El Condenado por desconfiado*.

A este germen tradicional, cualquiera que fuese, pertenecen sobre todo las escenas finales del Convidado de piedra; pero la leyenda hubo de ser notablemente ensanchada por Tirso (también como en el caso de *El Condenado*) con los episodios que forman el tipo del Burlador de mujeres; este tipo, si apuntaba ya en el germen tradicional, sería de un modo embrionario, como se ve, por ejemplo, en algunas variantes del romance popular.

LAS LEYENDAS MORISCAS EN SU  
RELACIÓN CON LAS CRISTIANAS

PUBLICÓSE este estudio por primera vez en los *Studies*  
*in honor of A. Marshall Elliott*. Baltimore, 1911,  
tomo II, págs. 257-266.

Lo que la literatura religiosa musulmana debe a la Biblia y al judaísmo ha sido ya bastante estudiado; no así lo que debe a las narraciones ascéticas cristianas (1). No sé que se haya señalado, por ejemplo, la relación que existe entre los relatos que entraron a formar la antigua y famosa colección llamada *Vitae Patrum*, o Historia eremítica de los monjes de Oriente, y la literatura musulmana; y sin embargo, la relación es íntima,

(1) G. Weil, *Biblische Legenden der Muselmänner*, Frankfurt a. M., 1845; M. Lidzbarski, *De Prophetis, quae dicuntur, legendis arabicis*, Lipsiae, 1893; E. Sayous, *Jésus-Christ d'après Mahomet*, Leipzig, 1880; A. Geiger, *Was hat Mohammed aus dem Judenthume aufgenommen?* Bonn, 1833, etc.—M. Asin en la *Revue de l'Orient Crétien*, 1908, pág. 67, publicando una dudosa abreviación árabe de la vida de Santa Marina, indica el hecho de que Abu Bequer el Tortosí, en su *Sirach almoluch*, aduce muchos ejemplos cristianos de ascetismo.

a juzgar por algunas muestras que aduciré aquí, sacadas de las leyendas moriscas, última y tardía manifestación de la literatura arábica en España.

Los que han tratado de las leyendas moriscas, sea con propósito bibliográfico, sea literario, mencionan los tres relatos que aquí voy a analizar, y no les señalan fuente alguna; mas como veremos, la tienen en las ya citadas *Vitae Patrum*. Pero es que tan olvidado está este libro entre los eruditos arabistas, que a pesar de estar hecha la edición del mismo por el jesuíta Rosweyde, otro jesuíta, el P. L. Cheikho, mencionando el cuento de *Jesús y la calavera* (tomado del *Sirach almoluc*), no le señala fuente alguna (1).

1.º. *Recontamiento de Jesús con la calavera*. Pasando Jesús por un valle, vió blanquear una calavera y pensó: ¡si quisiera Alah que esta calavera me hablase! Alah le dijo: «oh, Jesús, pregúntale, y te responderá con el poder del que resucita los huesos después de deshechos». Entonces Jesús

(1) P. L. Cheikho, *Quelques légendes islamiques apocryphes* (Mélanges de la Faculté orientale, Beyrouth, Syrie, tomo IV, 1910, pág. 44).

hizo abluciones y oración, y la calavera empezó a hablar con lengua clara. Jesús le pregunta dónde están su hermosa, su carne, sus huesos y su alma; y ella responde que su cuerpo lo comió la tierra, y su alma está en el castigo de Alah. Jesús le pregunta de qué gente es: ella responde: «yo era del pueblo que se airó Alah contra él», y luego refiere el castigo de ese pueblo y el fin de su propia vida, el espanto que le produjo Azrayel, el ángel de la muerte, las visiones terribles que le acosan en la sepultura, y los diversos castigos que vió en cada una de las siete puertas del infierno. Por ruego de Jesús, aquella calavera vuelve al mundo, para vivir doce años en servicio de Alah, y morir luego como creyente (1).

Este relato, aplicado a Jesús, aparece contado en muchos autores árabes (2). Tiene indudable-

(1) *Leyendas moriscas, sacadas de varios manuscritos*, por F. Guillén Robles, I, Madrid, 1885, pág. 161.

(2) He aquí unos cuantos: CA = *Codice árabe* n.º 27, acéfalo y anónimo (de la Biblioteca de la Junta para Ampliación de Estudios, de Madrid), fol. 136 v.— It-8 = *Ithaf assada almotakin*, de Said Mortada (autor Yeminita, siglo xviii de J. C.), edic. Cairo, 1311 de la hégira, x, 264, 8 inf.— It-18 = *Ithaf* ya citado, x, 264, 13 inf.— M = *Mocaxafa alcolub*, de Algazel, edic. Bulac, 1300 de

mente un origen cristiano, pero entre los cristianos no se aplicó a Jesús sino al monje San Macario, cuya vida se contaba con un proemio lleno de visiones infernales, muy en armonía con el episodio de la calavera, y de quien se dijo que, acostumbrado a orar por los muertos, recibió oportuna revelación de los misterios del otro mundo. Léese en las Vidas de los Padres, no en la vida extensa de San Macario, sino en relatos sueltos a él concernientes, que andando un día el abad por el desierto, halló una calavera en tierra, y dándole vuelta con su báculo, sintió que de ella salía voz. Entonces el anciano le preguntó quién era, y la calavera respondió: yo era de los sacerdotes idólatras que habitaban este lugar; tú eres el abad Macario, lleno de espíritu divino. Y luego le dice que cada vez que ora por los condenados, éstos experimentan algún consuelo: hundidos en el fue-

la hégira, 109, 4.— **Ih** = *Ihia olum addin*, de Algacel, edic. Cairo, 1312 hégira, iv, 334.— **S-18** = *Sirach almoluc*, de Abubéquer el Tortuxí (natural de Tortosa, escribió su libro en Fostat, año 1122 de J. C.), edic. Caire, 1289 hégira, 18, 5 inf.— **S-19** = *Sirach almoluc*, ya citado, 19, 3 inf.— Véase sobre todos ellos otra nota siguiente.—El ya citado G. Weil *Bibl. Leg. der Muselm.*, pág. 286, da también una versión de esta leyenda.

go, tan hondos cuanto dista el cielo de la tierra, ninguno puede ver al otro, pero cuando se ora por ellos, se ven algo, y esta horrible vista les consuela. El viejo le pregunta si hay allá mayor pena, y la calavera responde: nosotros, que no conocimos a Dios, aun probamos un poquito de misericordia; pero, mucho más abajo que nosotros, son atormentados con penas más graves e inefables los que, conociendo a Dios, le negaron (1).

Como vemos, el relato es fundamentalmente igual en su forma cristiana que en su forma musulmana: un santo asceta tropieza con una calavera, y por ella es informado de las penas del otro mundo. El desarrollo de este tema cambia algo en las variantes cristianas y mucho en las musulmanas, llegando en alguna de éstas hasta perder su carácter primitivo de revelación de penas infernales. Pero todas las redacciones musulmanas están

(1) *Vitae Patrum*, ed. H. Rosweyde, Lugduni, 1617 (pág. 401 b, 408 b, 499 a, 503 b), III<sup>o</sup> 172<sup>o</sup>, y VI<sup>o</sup>, 3<sup>o</sup>, 16<sup>o</sup>, con sendas variantes en nota. La versión castellana que se da en el *Libro de los Enxemplos*, 392<sup>o</sup>, es abreviada, suprimiendo el escandaloso pasaje del alivio de pena de los condenados, y estableciendo entre éstos tres grados de profundidad en el fuego eterno: paganos, judíos y cristianos.

conformes en referir a Jesús este relato, y téngase en cuenta que ellas remontan a los mismos tiempos de Mahoma (1). Ahora bien, la literatura árabe contiene multitud de pasajes referentes a Cristo, en muchos de los cuales se refleja una tradición cristiana antigua y respetable (2); pero la

(1) La variante *It-8* cita como autoridad a Kab al-Akhbar; éste era un judío amigo de Mahoma; fué quien enseñó a los musulmanes la mayoría de las leyendas judaicas, y su nombre aparece a cada paso como autoridad en los relatos bíblicos y cristianos del Islam. Las variantes *S-18* y *S-19* se dicen proceder del libro de Wahn ben Munabbih, titulado *Tradiciones israelíticas*. Wahn era otro judío convertido al islamismo (nació el año 34 de la hégira), también gran tradicionista, que se gloriaba de haber leído más de 70 libros sagrados. Los árabes desde los comienzos del islamismo (y ya desde antes) trataban con los cristianos y los judíos, y leían los libros de unos y de otros. Véase el citado Lidzbarski, pág. 28.

(2) Los relatos de Jesús y la Calavera, atendiendo al origen cristiano que les he señalado, deben clasificarse en dos grupos.—Grupo 1.º, formado por la leyenda *Morisca*, *CA* e *It-8*. Son hermanos *Mor* y *CA*, que ofrecen el relato más fiel al original (calavera que revela misterios infernales) y al mismo tiempo, el más amplificado con desarrollos puramente musulmanes. Aparte va *It-8*, que si bien es igual en su comienzo a los dos anteriores, marca una desviación del tema primitivo, dando toda la importancia a la descripción del momento de la muerte,

manifiesta desviación de un relato que, siendo propio del famoso monje San Macario, pasa a ser aplicado a Cristo, nos indica cuánto en esa tradi-

y reduciendo la parte infernal al simple anuncio de la condenación del difunto.—Grupo 2.º, acentúa esta desviación iniciada en *It-8*, pues suprime toda la parte infernal y hasta omite la noticia de la condenación del muerto: está formado por el segundo relato del mismo *It-13*, copiado de *M* e *It*, y por los dos relatos de *S-18* y *S-19*. El triple relato *M*, *It*, *It-13* conserva aún un lazo de unión con el grupo 1.º, pues describe el momento de la muerte, mientras *S-18* y *19* omiten también esto, limitándose a que la calavera describa la caduca felicidad terrena de que gozó en vida, y enuncie algunas consideraciones morales. En las cinco redacciones del segundo grupo la calavera es de un rey.—Como ya hemos indicado, el relato *It-8* del grupo 1.º se dice proceder de Kab al-Akhbár y el relato *S-18* y *S-19* del grupo 2.º procede de Wahn ben Munabbih (es decir, es algo posterior). La mayor semejanza del grupo 1.º con el cuento de San Macario apoya esta gradación cronológica de ambos grupos.—El eminente profesor de árabe de la Universidad de Madrid, M. Asín, a cuya erudición debo las citas de autores árabes que aquí hago, ha publicado después una admirable colección de *Logia et agrapha Domini Jesu apud moslemicos scriptores usitata* (en la *Patrologia Orientalis*, de Graf-fin y Nau, tomo XIII, pág. 335). En su pág. 423-431, incluye los textos de todas estas narraciones referentes a Jesús y la calavera, clasificándolos de modo diferente, pues une *It* a *It-8* y *CA*, a lo que no pudo asentir. Ilustra

ción mesiánica árabe puede haber de allegadizo, que los primeros musulmanes oírían a los cristianos del Oriente referir de cualquier santo (1).

2.º *El ermitaño que se quema la mano.* Había un ermitaño tan puro en el servicio de Alah, que todos los días le iba a visitar el rey. A la puerta de su rábida llamó, una noche de gran frío y agua, una mujer que, perdida en el monte, pedía albergue. El ermitaño, compadecido, abrió, y ella pidió fuego para calentarse. Al encenderlo, el ermitaño vió a la mujer desnuda, y hermosa como ninguna, y oyó que le decía: «no puedes pasar por otro punto, sino que te has de acostar conmigo, pues Alah es perdonador piadoso». El ermitaño respondió:

doctamente las revelaciones de ultratumba que principalmente se hallan en *CA*.

(1) Y a veces también se aplicaron a Cristo temas de origen no cristiano. Por ejemplo, el cuento de Jesús y el tesoro (*Leyendas moriscas*, I, pág. na 173), que aparece en el poeta persa Faridat Din Attar (referido también a Jesús), es igual al n.º 75.º del *Novellino* (texto Gualteruzzi, también referido a Cristo; v. D'Ancona, *Romania* III, pág. 181, y n.º. 66.º y 95.º de la edición Sonzogno), igual al n.º 42.º de *Morlini*, y al cuento del Perdonador, de *Chaucer*.

¿no sabes que los fuegos del infierno son muy fuertes?... Aguárdate y pondré el dedo de mi mano en este fuego, y si lo puedo sufrir, podré yo, y tú también podrás, sufrir los fuegos del infierno». Y puso su dedo en la llama, y envió Alah un ángel que se lo quemó, y así se quemó otro dedo después, y toda la mano. La mujer, espantada del sufrimiento del ermitaño, dió un grito y cayó muerta. El ermitaño vendó su mano y continuó humildemente en el servicio de Alah. Pero el demonio, tomando la figura de un viejo, acusó ante el rey al ermitaño, de haber muerto a la mujer; por lo cual el rey mandó matar al acusado, tenaceándolo por todas las calles de la ciudad. Después, Alah resucitó a la mujer para que declarase la inocencia del ermitaño, y anuncióse que gozaba ya del paraíso casado con cincuenta mil huríes, una de las cuales era la mujer tentadora (1).

Una variante de este cuento era conocida del célebre Algazel (siglo xi), quien la refiere brevemente.

(1) Publíquese, en caracteres árabes, en los *Textos aljamiados* de Gil, Ribera y Sánchez, Zaragoza, 1888, pág. 46; tomado de un Sermonario musulmán. Transcribese, en caracteres latinos, por P. Meneu, en *Ayer y Hoy*, revista de Castellón, mayo, 1903, pág. 205.

mente: «un ermitaño comenzó a hablar con una mujer, y llegó a ponerle una mano sobre el muslo; luego, arrepentido, colocó la mano sobre el fuego hasta que la carbonizó» (1), y añade Algazel que Elahnaf ben Cais no dejaba nunca de tener cerca la lámpara por la noche, y poniendo sobre ella su dedo, decía a su alma: ¿qué te ha movido a hacer hoy tal y tal cosa mala? (2). Aun hace Algazel sobre este tema otras consideraciones, ponderando lo terrible del fuego del infierno. Según el profeta, el menor castigo de un condenado será llevar sandalias de fuego que le consumirán hasta el cerebro; y añade Algazel: «si dudas del rigor del castigo infernal, acerca tu dedo al fuego, y juzga por este dolor lo que será aquél... y piensa que si los condenados encontrasen el fuego de este mundo ¡con qué gusto se arrojarían a él, para librarse del fuego en que se hallan!» (3),

(1) *Ihía olum addin*, de Algazel, edic. Cairo. 1312 hégira, IV, 291, lin. 14.

(2) «Dime, ¿no será más caliente el fuego del infierno?» agrega Said Mortada (siglo XVIII), en su *Ithaf assada al-motaquín*, edic. Cairo, 1311 hégira, X, 118, lin. 2 inf.

(3) *Ihía*, de Algazel, VI, 381, lin. 8.—Ben Hazam, en su *Libro del Amor* (Bibl. Univ. Leyde, col. Warn. cod. 927, fol. 128 v.), da una variante de nuestro cuento, no refe-

Es notable que en el presente relato del ermitaño que se quema los dedos, la versión árabe primitiva (que me comunica el profesor Asín) declara su origen cristiano. Hállase en un manuscrito acéfalo del Museo Jalduní de Túnez (1), que contiene biografías de literatos y juristas musulmanes de Córdoba, obra probablemente escrita por el cadí Iyad de Ceuta (1083-1149). En la biografía de Abuabdála ben Abid El Moafirí, dice que éste contaba lo siguiente, apoyándose en la autoridad de Máamar [ben Ráxid, tradicionalista de los más fidedignos, natural de Arabia, y muerto en el año 770 de Cristo]: Estaban unos jóvenes conversando con una hermosa mujer; allí cerca vivía en su ermita un monje cristiano (2). «¿Qué

rida a un ermitaño, sino a un joven hermoso, casto y devoto, que vivía en Córdoba. Al ser tentado por la mujer de un amigo suyo, puso su dedo sobre la llama de la lámpara; la mano se contrajo, y él exclamó: «oh alma mía, soborea esto; ¿y qué es esto en comparación del fuego infernal?» Y como la mujer insistiese, él vuelve a poner su dedo a la lámpara; la llama toma un brillo extraordinario y arranca de raíz el dedo.

(1) Sin número; regalo del señor Hasan Husny Abdul-Wahb; fol. 10 v.

(2) El autor usa las palabras árabes *saumoa* 'vivienda del monje cristiano', sea celda conventual o ermita aislada,

os parecería, dijo la mujer, si yo sedujese a ese ermitaño?» Respondieronle los jóvenes: «no lo podrás hacer»; y ella les replicó: «veréis como puedo». Y perfumándose y poniéndose sus más hermosos vestidos, llegó de noche á la puerta de la ermita, llamando: «¡Oh siervo de Dios! ábreme y acógeme, pues tengo miedo». Y no cesó de llamar, hasta que el ermitaño bajó a abrirle. Cuando él subió, ella subió tras él y despojándose de sus vestidos, se le mostró desnuda. Él viendo el peligro, reflexionó; y luego tendió su mano hacia la lámpara y puso sobre la llama el dedo meñique, que se quemó hasta desprenderse, sin que él sintiese dolor, a causa de la concupiscencia; puso después otro dedo, y otro, hasta que se quemó todos. Cuando la mujer vió aquello, sus entrañas se desgarraron, y murió. A la mañana vinieron los jóvenes, y encontrándola muerta al lado del ermitaño, dijeron a éste: «¡Oh, enemigo de Dios! nos has estado engañando a todos, y ahora has

y *râhib* 'monje', cristiano precisamente, y que vive aislado. Comp. Goldziher, *Vorlesungen über den Islam*, Heidelberg, Winter, 1910, pág. 9, 10, 145. Nada tiene de particular que el presente relato tome un tinte musulmán, cuando al final cuenta la ablución e inclinaciones con que ora el ermitaño.

matado a esta mujer!» Lavaron y amortajaron el cadáver, y amarrando fuertemente al ermitaño, lleváronlo a degollar. Él les pidió que le soltasen tan solo para hacer oración de dos inclinaciones. Soltáronle, y él, hecha la ablución previa, se inclinó dos veces, y alzando a Dios las manos, rogó; y he aquí que la mujer se removió, y levantándose, púsose de pie, y refirió a todos lo que había visto hacer al ermitaño. Dios la devolvió su alma, y ella construyó una ermita al lado de la del ermitaño y juntamente con él se consagró a la vida devota.

He aquí ahora el relato original, tal cómo fué recogido en las *Vitae Patrum*: Había en el Egipto inferior un solitario famosísimo. Una mujer deshonesta apostó con ciertos jóvenes que le haría abandonar su virtud, y fingiéndose perdida y llorosa, al oscurecer, llamó a la puerta del ermitaño. Éste, turbado, tuvo que dejar a la medrosa mujer entrar con él, y como sintiese luego su corazón estimulado por el demonio, se decía: «los caminos del Enemigo son tinieblas: el Hijo de Dios es luz,» y encendió la lámpara. Pero el deseo le seguía inflamando y pensaba: los que tal hacen van a los tormentos; prueba tú si podrás resistir el fuego eterno.

Y metiendo un dedo en la llama de la lámpara, aunque se lo quemaba no lo sentía con el gran ardor de la concupiscencia carnal; y así hasta el amanecer, se quemó todos los dedos. Ella al ver esto, se quedó yerta de terror; y cuando, a la mañana, los jóvenes vinieron preguntando por ella al ermitaño, éste se la mostró, creyendo que dormía; pero al hallarla muerta, él les enseñó sus manos quemadas, y no queriendo devolver mal por mal, haciendo oración, la resucitó; y ella vivió castamente el resto de sus días (1).

Observemos ahora que el relato morisco amplificó bastante el cristiano; lo mismo ocurrió con el relato de Jesús y la calavera, comparado al correspondiente de San Macario.

En las *Vitae Patrum*, el cuento del ermitaño que se quema la mano es una sencilla narración destinada a edificar el esfuerzo interior contra las tentaciones. El relato musulmán se convierte gra-

(1) *Vitae Patrum*, v.º, 5.º, 37.º, edic. Rosweyde, pág. 440 b. Repítase en multitud de textos cristianos, por ejemplo, Herolt, *Sermones Discipuli*, Ser. 150, letra O; *Dodici conti morali d'anommo Senese*, sec. XIII, Bologna, 1862 (Scelta di curiosità letterarie), n.º. 3; *Libro de los Enxemplos*, 184.º, 185.º (y tachado en 155.º).

dualmente en novelesco y maravilloso. Primero, la simple sospecha de homicidio, apuntada apenas contra el ermitaño de las *Vitae Patrum*, se convierte en una acusación formal, seguida de un intento de ajusticiar al acusado, según el relato árabe primitivo, pero sin que en éste llegue a alterarse el desenlace. Después, en la leyenda morisca, los ángeles y los demonios intervienen materialmente, y además, la acusación va seguida de un injusto suplicio del ermitaño musulmán, y aun se añade una glorificación final del ajusticiado.

Al observar esto, al ver cómo la amplificación y el cambio de desenlace son caracteres de la evolución de este relato musulmán, lo mismo que hemos visto lo eran del cuento de Jesús y la calavera, creemos que se trata de caracteres normales de la novelística árabe en su derivación de la cristiana. Por lo tanto, nos sentimos plenamente autorizados para afirmar que otra leyenda morisca de la apostasía y arrepentimiento de un santón, se deriva asimismo de una leyenda cristiana, por más que, efecto de las amplificaciones y cambio de desenlace que tenemos por habituales, vino la morisca

a resultar de un parecido a primera vista más lejano y dudoso respecto de la cristiana.

He aquí un análisis de ambas:

3.º El *santón que apostata por amor*. Ganim, viejo santón muy piadoso, emprendió con sus treinta discípulos la peregrinación a la Meca. Pasando los viajeros por el Monasterio de la Sed, se refugiaron en él para guarecerse del calor del sol. Mientras los otros dormían, el viejo fué a buscar agua y vió en el Monasterio una doncella, hermosa como la luna llena. Alah abrió entonces en el corazón del viejo Ganim setenta puertas de tentación, y el viejo pidió en matrimonio la muchacha al ermitaño, que era padre de ella. El ermitaño le contestó: «no puedo obligarla, pues la he dejado que se case a su gusto»; y entrando a consultarla, ella dice que no se casará sino con un cristiano. Al oír esta respuesta, el viejo reniega de lo revelado por Mahoma, se bautiza, y aun se aviene a guardar un atajo de puercos de la muchacha, para darla este servicio en lugar de dote. Los discípulos, al despertar de su sueño, se enteran del pecado de su viejo maestro, y se marchan tristes a la Meca.

Pero a su regreso, el viejo corre tras ellos arrepentido, abrazando de nuevo el Islam: y al cabo de algunos días, también vino tras él la muchacha, su mujer, para hacerse muslima, pues había tenido una visión en que Mahoma la mandaba convertirse y anunciar al viejo santón que su pecado estaba perdonado (1).

El relato de las *Vitae Patrum* (2) dice así: un monje atormentado de lujuria vino a un lugar egipcio, y viendo a la hija de un sacerdote pagano, se enamoró de ella y la pidió por mujer al sacerdote. El cual le contestó: «no puedo dártela, sino ruego a mi dios»; y preguntando al demonio a quien servía, éste contestóle que debía exigir al monje que renegase de Dios, de su bautismo y del voto monástico. El monje prometió renegar de todo, y el sacerdote pagano consultó de nuevo al demonio, el cual le dijo: «no le des tu hija, pues su dios no le abandona y aun le ayuda». Al saber esta respuesta, el monje admira la misericordia de

(1) *Leyendas moriscas*, publ. por Guillén Robles, I, pág. 267.

(2) Ed. H. Rosweyde (pág. 441 a), vº, 5º, 38º. Repítese en el *Libro de los Exemplos*, 35º; Herolt, *Promptuarium Exemplorum*, etc.

Dios, y hace penitencia, hasta que obtiene señales del perdón divino.

En su primera parte, hasta el momento de apostasía del creyente, ambos cuentos son una misma cosa. En el desenlace, el relato musulmán toma un giro propio, como propio es el final de los otros dos cuentos analizados.

El hecho de que una religión se asimile relatos edificantes propios de otra algo análoga, no tiene en sí nada de chocante; el islamismo es pródigo en casos de éstos, y el cristianismo a su vez ofrece ejemplos conocidos. Pero el hecho de que los musulmanes desde los primeros tiempos islámicos tomaran y adaptaran a sus creencias y gustos las narraciones de los cristianos entre quienes convivían, nos debe servir de guía para sospechar e ilustrar lo que los musulmanes españoles pudieron tomar de las narraciones literarias o populares que, aunque totalmente desconocidas, circulaban sin duda entre los pueblos románicos de España por los tiempos vecinos a la invasión.

TRES POESÍAS INÉDITAS DE FRAY LUIS  
DE LEÓN EN EL CARTAPACIO DE  
FRANCISCO MORÁN DE LA ESTRELLA